

Frédéric Lenoir

JUNG,
UN VIAJE HACIA SÍ MISMO

«Un pensamiento visionario
que da sentido a nuestras vidas»



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Psicología

JUNG, UN VIAJE HACIA SÍ MISMO

Frédéric Lenoir

1.ª edición: marzo de 2023

Título original: *Jung, un voyage vers soi*

Traducción: *Susana Cantero*

Corrección: *M.ª Jesús Rodríguez*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2021, Éditions Albin Michel

(Reservados todos los derechos)

© 2023, Ediciones Obelisco, S.L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-977-7

DL B 3342-2023

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Introducción	7
------------------------	---

Primera parte UN EXPLORADOR DEL ALMA HUMANA

1. Juventud	21
Jung y su «karma» familiar	21
Una infancia solitaria, junto a la naturaleza	23
Los dos polos de su personalidad.	24
Rechazo de la religión	26
Nacimiento de una vocación médica.	27
Una tesis doctoral... sobre el espiritismo.	29
2. Un médico humanista	31
Crítica de los métodos psiquiátricos	31
Descubrimiento de los complejos	33
Emma Rauschenbach	34
Un médico humanista.	35
3. Sigmund Freud	39
Descubrimiento de las tesis freudianas	39
Jung, el delfín de Freud.	40
Desacuerdos y ruptura	42
4. Inmersión en el inconsciente	49
Desorientación	49
Pensamiento imaginativo y función transcendente	52
Los siete sermones a los muertos.	53
<i>El Libro rojo</i>	55
La torre de Bollingen	58
5. Una nueva geografía del alma.	61
La conciencia y el yo	62

Los tipos psicológicos	63
El inconsciente personal: Entre pasado y futuro	67
El inconsciente colectivo.	70
El Sí-mismo	72
El diálogo del consciente y del inconsciente	73
El tratamiento analítico, la transferencia y la sombra.	74
6. Oriente y alquimia	79
Hacia el descubrimiento de las demás culturas del mundo	79
Descubrimiento del Oriente	82
<i>I Ching</i> y sincronicidad.	83
<i>El secreto de la Flor de Oro</i>	85
Buda.	85
Oriente y Occidente	87
Alquimia.	90
7. Un final de vida accidentado	95
Irradiación internacional.	95
1933-1939: Los años turbios	98
1940-1945: El matrimonio del espionaje y del psicoanálisis	107
Experiencia de muerte inminente	109
Últimas obras	112
Frente a la muerte.	115

Segunda parte
LA EXPERIENCIA INTERIOR

I. Lo sagrado

1. Homo religiosus	125
La función religiosa de la psique	125
Lo numinoso	127
Necesidad de una vida simbólica	131
2. Del Dios exterior al divino interior	135
Dios como arquetipo	135
«No creo, sé».	137
Una concepción panteísta.	138
3. El cristianismo y el problema del mal	141
La identidad cristiana	142
El arquetipo del Cristo	143

La cuestión del mal	146
Vino nuevo en odres viejos	149
4. Bajo el fuego de las críticas	151
Respuestas a las críticas de los científicos	151
Respuestas a las críticas de los teólogos	153

II. El proceso de individuación

1. El Sí-mismo	165
Del mí al Sí-mismo	165
La metáfora del centro	167
Una búsqueda de sentido	168
La experiencia numinosa	170
2. Los lenguajes	173
Los símbolos	174
Los arquetipos	177
Los mitos	181
Las imágenes	184
3. Los mediadores	189
Las sincronicidades	189
Los sueños	193
Imaginación activa y proceso creativo	198
Los rituales	202
4. El camino	207
Pasar de la <i>persona</i> al <i>yo</i>	207
Domesticar la propia sombra	209
Integrar el <i>anima</i> y el <i>animus</i>	213
Armonizar los contrarios	218
Conclusión	223
La necesidad de sentido	223
Psicología y física cuántica	225
El reencantamiento del mundo	229
Obras de Jung citadas	237
Agradecimientos	241

INTRODUCCIÓN

CUANDO PUBLIQUÉ *El milagro Spinoza* (2017), ya sabía que mi siguiente biografía intelectual estaría dedicada a Carl Gustav Jung. Son éstos, en efecto, los dos pensadores modernos que más me han marcado y que me parecen haber llegado más lejos en la comprensión del ser humano y del sentido de su existencia. El primero es filósofo y vivió en el siglo XVII. El segundo es psicólogo y vivió a finales del siglo XIX y en el siglo XX. A pesar de haber tenido personalidades y vidas muy diferentes —Spinoza era un sabio que llevó una existencia sobria y casi ascética, mientras que Jung mordía la vida a dentelladas y distaba mucho de ser un dechado de virtud—, tienen varios puntos comunes fundamentales. Spinoza y Jung crecieron en medios muy religiosos (judío en el caso del primero, protestante en el del segundo) de los que se emanciparán con cierta brutalidad, pero ambos, después, procurarán redefinir un tipo de espiritualidad ajeno a cualquier creencia religiosa. Además, Spinoza y Jung extrajeron cada uno lo esencial de su pensamiento de la minuciosa observación que hicieron de sí mismos y de los demás. Aunque ambos hayan acuñado numerosos conceptos y producido sendas obras de gran profundidad, el conocimiento que tienen del alma humana es fruto de su experiencia, al igual que el pensamiento de cada uno de ellos tuvo un impacto decisivo en su vida. «De nada sirven las más hermosas verdades del mundo mientras su tenor no se ha convertido para cada uno en una experiencia interior original»,¹ precisa Jung. Finalmente, y sobre todo, comparten una pasión por la búsqueda de la verdad, sin ningún *a priori* ni concesión alguna al espíritu del tiempo, que en vida los abocó a la soledad y a la incompre-

1. *Problèmes de l'ame moderne*, Buchet-Chastel, 1961.

sión por parte de la mayoría de sus contemporáneos. «La soledad en absoluto nace de no estar rodeado de seres –escribe también Jung–, sino mucho más de no poder comunicarles las cosas que nos parecen importantes, o de estimar como válidos pensamientos que los demás tienen por improbables».² Habrán hecho falta más de tres siglos para que se reconozca el genio de Spinoza. Y mientras conmemoramos en 2021 los sesenta años de la desaparición de Jung, aún sigue siendo poco conocido para el gran público, sobre todo en Francia, cuando, precisamente, sus ideas impregnan vetas enteras de nuestra cultura.

Estoy, no obstante, convencido de que su visionaria obra constituye una de las mayores revoluciones del pensamiento humano y de que su importancia alcanza hasta mucho más allá del terruño en el que germinó: la psicología de las profundidades. A través de los grandes conceptos que elaboró –la sincronicidad, los complejos, el inconsciente colectivo, los arquetipos, los tipos psicológicos, el *anima* y el *animus*, la sombra, la *persona* y el proceso de individuación–, Jung aporta una mirada sobre el ser humano y su relación con el mundo que no solamente da un vuelco a los conocimientos psicológicos, sino que también concita a la filosofía, la antropología, la física, las ciencias de la educación, la teología y la historia de los mitos y las creencias. Algunas grandes mentes de entre sus contemporáneos no se engañaron sobre esto y mantuvieron fecundos intercambios de opiniones con él –como el premio Nobel de física Wolfgang Pauli–, y su obra inspiró también a numerosos artistas, como el escritor y premio Nobel de literatura Hermann Hesse o el pintor estadounidense Jackson Pollock.

Son comprensibles la importancia y el impacto de su pensamiento en el contexto de un mundo descalabrado, a la búsqueda de sentido y de nuevos referentes que ya no provinieran del exterior, sino del interior del individuo. Como subraya con toda pertinencia la historiadora de las religiones Ysé Tardan-Masquelier: «La personalidad de Jung exige que se lo sitúe en un contexto mucho más amplio, en una conciencia aguda del momento histórico que vivimos y que puede definirse como un tiempo privilegiado para la búsqueda del sentido. Época en la que ya nada cae por su propio peso, ni sistema filosófico, ni

2. *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1966-1996.

dogma religioso; en la que nuestra existencia ya no se concibe según una certeza, sino según una pregunta: ¿quién soy yo para mí mismo? ¿Cuál es mi ser en el mundo?».³ En un mundo que aún estaba muy institucionalizado, Jung consagra en efecto la experiencia personal como fundamento de todo recorrido existencial auténtico. Critica el formalismo y la intolerancia de las grandes religiones, sin por ello negar la dimensión religiosa del alma humana y su necesidad de sagrado. Se erige en científico que no cesa de recabar hechos, pero subraya también los límites de la razón y de la ciencia.

Jung es así, para mí, el primer pensador de la posmodernidad: no recusa los vectores fundamentales de la modernidad —la razón crítica, la globalización y el advenimiento del individuo—, pero sí muestra los límites de la razón, las ambigüedades de los progresos tecnológicos, el callejón sin salida del individualismo. Es a la vez un testigo y un pensador de la búsqueda de sentido contemporánea, que también inspiró en gran parte él mismo mediante sus escritos sobre las filosofías orientales, el esoterismo y las corrientes místicas, el nexos entre ciencia y espiritualidad, el lenguaje simbólico, el diálogo del consciente y del inconsciente, los fenómenos paranormales, la exploración de los confines entre la vida y la muerte, la conjunción de los contrarios o de las polaridades: sombra/luz; razón/ sentimiento; bien/mal; masculino/femenino; individuo/cosmos; espíritu/materia, etc.

Ello no obstante, si bien en vida Jung fue traducido a numerosas lenguas y distinguido por prestigiosas universidades que le otorgaron el título de doctor *honoris causa* (Oxford, Harvard, Yale, Benarés, Calcuta, Ginebra, etc.), no por ello es menos cierto que su pensamiento sigue enseñándose poco en la universidad. Yo veo varias razones para esto.

Amigo y colaborador cercano de Sigmund Freud de 1906 a 1912, Jung rompió con su prestigioso predecesor y, aun adhiriéndose a su filiación, se distinguió de él en cuestiones esenciales, redefiniendo en profundidad la libido y el inconsciente. Esto tuvo para el psiquiatra suizo dos consecuencias negativas. La primera fue que la revolución intelectual que operó llegó justo después de la, también importantísi-

3. Ysé Tardan-Masquelier, *Jung et la question du sacré*, Albin Michel, 1998, pág. 234.

ma, de Freud. Pero durante decenios la comunidad intelectual redujo el psicoanálisis únicamente a las teorías de este último. La segunda fue que los freudianos (y, en Francia, los lacanianos) jamás le perdonaron a Jung su ruptura brutal con Freud (quien lo había designado como su sucesor a la cabeza del movimiento psicoanalítico) y que, a partir de 1912, Jung fue puesto en el índice en los medios psicoanalíticos. Incontables son ya los libros o los artículos nacidos del movimiento freudiano que buscan desacreditar la seriedad del trabajo de Jung, desde Karl Abraham, que denuncia «el tinte religioso» y «el trasfondo místico»⁴ del pensamiento junguiano, hasta Dominique Bourdin, quien afirma que Jung «abandonó deliberadamente el terreno de las ciencias humanas y del pensamiento racional».⁵

Lo que sí es cierto, y ésta es otra razón por la que Jung sigue siendo difícil de leer y de enseñar, es que su pensamiento es complejo y prolífico, y que no siempre se formula según un método racional lógico. Jung, que es psiquiatra y científico de formación, se fue percatando progresivamente, en efecto, de que una comprensión y un método puramente lógicos no podían dar cuenta de la complejidad de lo real, y de que una investigación o una presentación académica demasiado reduccionista podían empobrecer la reflexión. Por ese motivo, al lado de publicaciones científicas de psicopatología muy clásicas que le dieron su notoriedad como psiquiatra y le atrajeron la estima de Freud, publicó numerosos artículos y trabajos que siguen un pensamiento más circular y paradójico que lineal y demostrativo. En esto está muy cercano al pensamiento chino, cuyo descubrimiento en 1924 fue para él un impacto profundo e influyó en el resto de su obra. En la mayoría de sus libros, Jung utiliza numerosos materiales (el estudio de los sueños de sus pacientes, los mitos, los símbolos, ejemplos históricos, reflexiones filosóficas) y va pasando de uno a otro, lo cual puede tener un efecto desconcertante para el lector. Por ejemplo, en su obra *Psicología y religión*, cuando quiere demostrar la diferencia entre la religiosidad natural –que se expresa en el

4. Karl Abraham, «Critique de l'essai d'une présentation de la théorie psychanalytique de C. G. Jung», en *Psychanalyse et culture*, Payot, 1966, págs. 212-214.

5. Dominique Bourdin, *La Psychanalyse, de Freud à aujourd'hui*, Bréal, 2007, pág. 68.

psiquismo adoptando la forma de lo numinoso— y la religión cultural —que se despliega a través de todo un corpus dogmático para domesticar la religiosidad natural—, se dedica al análisis de dos sueños de un paciente. Lo cual le conduce a explicitar uno de los símbolos presentes en estos sueños (la cuaternidad) ¡mediante una revisión de la mitología griega reinterpretada por Platón y Empédocles, la Biblia hebrea, la gnosis antigua, la alquimia y la teología medievales, el yoga o la cosmogonía de los pieles rojas! Y solamente después de ese inmenso rodeo reanuda el hilo de su razonamiento inicial, evidentemente enriquecido por todas esas consideraciones empíricas y eruditas.

Asimismo, siempre se negó a crear un sistema (y ésta es su gran diferencia con Spinoza, pero también, en cierta manera, con Freud). Con modestia, explora numerosas pistas, acumula los datos empíricos, formula hipótesis, pero nunca cierra la interpretación. En una carta enviada en 1946 al Dr. Van der Hoop, escribe: «Tan sólo puedo esperar y anhelar que nadie sea “junguiano”. No defiendo doctrina alguna, sino que describo hechos y propongo ciertas afirmaciones, que tengo por susceptibles de ser discutidas. No anuncio una enseñanza preconcebida y sistemática y me horrorizan los —seguidores ciegos—. Dejo a cada uno la libertad de lidiar con los hechos a su manera, porque reivindico igualmente esa libertad».

Pero, más en profundidad, y en esto se puede comprender el malestar de los freudianos y de otros filósofos, Jung emite una crítica radical de la confianza ciega que Freud tenía en la razón, tal como la comprendía la filosofía de las Luces.

A raíz de Kant y de Nietzsche, de los que es un ferviente lector, Jung es un gran deconstructor. «Una afirmación filosófica es el producto de una personalidad determinada que vive en un tiempo determinado y en un lugar determinado —afirma—. No resulta de un proceso puramente lógico e impersonal. En esta medida, la propuesta es, antes que nada, subjetiva. El hecho de que tenga un valor objetivo o no depende de la cantidad de personas que piensen de la misma manera [...]. Este tipo de crítica no es muy del agrado de los filósofos, porque éstos suelen considerar el intelecto filosófico como el instrumento perfecto e imparcial de la filosofía. Empero, ese intelecto es una función que depende de la psique individual y que está determinada por todos lados

por condiciones subjetivas, por no hablar de las influencias del entorno»⁶.

Arremete también contra la visión científicista, heredada del siglo XIX y aún muy ampliamente difundida, de la que Freud es un representante perfecto, según la cual las teorías científicas comúnmente admitidas presentan una visión perfectamente objetiva y definitiva de lo real. En esto Jung está muy adelantado a su tiempo. La visión de la ciencia que tenemos hoy ha quedado, en efecto, desbaratada por los trabajos determinantes de los filósofos de las ciencias como Karl Popper, que mostró los límites del conocimiento científico, o Thomas Samuel Kuhn, que elaboró la noción de paradigma: descubrimientos científicos universalmente reconocidos que, durante un tiempo, proporcionan a la comunidad científica problemas tipo y soluciones, hasta que un nuevo paradigma venga a aportar un marco teórico nuevo y concepciones nuevas. Esto fue lo que vivió la física en el siglo XX con la revolución traída por Einstein, y más tarde con la de la mecánica cuántica, que derrocaron las teorías anteriores, admitidas universalmente hasta entonces. Jung ya lo había comprendido perfectamente: «Es una ilusión común el creer que lo que conocemos hoy representa todo lo que podremos conocer nunca. Nada hay más vulnerable que una teoría científica, porque no es sino una tentativa efímera de explicar hechos, y no una verdad eterna en sí misma».⁷

Es importante señalar que Jung distingue claramente los hechos de su interpretación. Es ante todo un empirista que se pasó la vida coleccionando hechos: para intentar comprender mejor la psique humana, no dejó de observarse a sí mismo y, en el transcurso de su larga carrera como psiquiatra, ¡atendió a decenas de miles de pacientes e interpretó más de ochenta mil sueños! En ese mismo tiempo, comparó ese material empírico con los mitos, las creencias y los símbolos de numerosas culturas del mundo, que estudió durante decenios. A partir de estos hechos, intentó elaborar interpretaciones y teorías, que a veces fueron evolucionando a lo largo de su vida. No nos pone en guardia contra la

6. «Comentario del Libro tibetano de la Gran Liberación», en *Psicología de la religión oriental*, Editorial Trotta, Madrid, 2020.

7. *El hombre y sus símbolos*, Caralt Editores, 1996-2002.

realidad de los hechos, sino contra su interpretación, que siempre seguirá siendo relativa porque es dependiente de nuestra psique: «No hay ningún punto de vista que se sitúe por encima o fuera de la psicología a partir del cual pudiéramos emitir un juicio definitivo sobre la naturaleza de la psique».⁸

Jung no sólo se granjeó enemistades por el lado de los freudianos o de los pensadores racionalistas, también sufrió violentos ataques por parte de los teólogos y las autoridades religiosas. Porque, no contento con señalar los límites de la razón, emitió también una crítica radical de la religión, en especial la cristiana, de la que subrayó la pérdida de interioridad y de fervor espiritual auténtico. «La civilización cristiana se ha revelado hueca en un grado aterrador: ya no es otra cosa que un barniz externo —escribe—. «El hombre interior se ha quedado aparte y, por consiguiente, permanece inalterado. El estado de su alma no se corresponde con la creencia que profesa. Exteriormente, está todo, en efecto, en imágenes y palabras, en la Iglesia y en la Biblia, pero todo eso falta en el interior».⁹ Esta crítica de las religiones, con todo, es de naturaleza radicalmente diferente de la de Freud o la de los filósofos materialistas, que perciben cualquier forma de religiosidad o de creencia como una mera ilusión. Jung critica la actitud falsa de las religiones, pero no por ello es antirreligioso. Esa crítica del formalismo y de la excesiva exterioridad de lo religioso (que atrae sobre él los rayos de los teólogos) va acompañada en Jung de la convicción de que el alma posee de modo natural una función religiosa, y de que el rechazo de esa función es uno de los mayores dramas del hombre moderno europeo (como ya había subrayado Nietzsche a su manera). Ahora bien, Jung piensa que el europeo sin religión puede redescubrir en las profundidades de su psique ese acceso a lo sagrado, a lo «numinoso», de cuya carencia tanto se resiente.

Y vuelve a convertirse en el blanco de los filósofos materialistas, esta vez porque subraya la dimensión antropológica religiosa del ser humano. Atacado desde todas partes, porque su pensamiento revienta las concepciones y las controversias tradicionales, Jung no deja de re-

8. *Íbid.*

9. *Psicología y alquimia*. Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1977-1989.

cordar que él nunca ha sido otra cosa que un médico empirista y que no ha elaborado teoría alguna que no haya sido extraída de la tenacidad de los hechos. Responde así a Martin Buber, quien le cuelga la etiqueta peyorativa de «gnóstico paleocristiano» y le reprocha su visión negativa de las religiones: «Mi censor me permitirá que le haga notar que otros, sucesivamente, me han considerado no solamente ora como un gnóstico, ora como su opuesto, sino asimismo como deísta y como ateo, como místico y materialista. En este concierto de opiniones diversas, no quiero conceder demasiada importancia a lo que yo mismo pienso de mí: citaré más bien un juicio procedente de una fuente cuya objetividad manifiestamente no puede ponerse en duda: se trata de un editorial del *British Medical Journal* fechado el 9 de febrero de 1952: “Facts first and theories later is the keynote of Jung’s work. He is an empiricist first and last”. Apruebo enteramente esta opinión».¹⁰

Si bien siempre se negó a construir un sistema, no por ello dejó Jung de hacer descubrimientos fundamentales que enriquecen, incluso revolucionan, nuestra comprensión del ser humano, y cuya veracidad y consecuencias apenas estamos empezando a calibrar. Las iré exponiendo todo a lo largo de este trabajo, pero señalo ya brevemente que redefinió la noción freudiana de libido, comprendiéndola más como impulso vital que como pulsión sexual, y la de inconsciente, descubriendo sus propiedades creadoras y añadiendo al inconsciente personal la noción de inconsciente colectivo, que nos vincula a nuestros antepasados y a los símbolos de nuestra cultura.

Estudió los mitos y los símbolos universales y desarrolló la noción de arquetipo, como imagen primordial inscrita en el inconsciente humano. Elaboró la teoría de la sincronicidad, que muestra que dos acontecimientos pueden estar conectados entre sí no de manera causal, sí a través del sentido, lo cual postula que existe una dimensión de lo real que todavía se le escapa a nuestro conocimiento científico. Mostró que el diálogo del consciente y del inconsciente (en especial a

10. «Respuesta a Martin Buber», en *Psicología de la religión oriental*, *op. cit.* («Primero los hechos y después las teorías es la idea clave del trabajo de Jung. Antes que ninguna otra cosa es un empirista». [N. de la T.]

través del análisis de nuestros sueños y de las sincronicidades de nuestras vidas, nuestra imaginación activa y la creación artística) favorece el acceso a un conocimiento de nosotros que nos permite «individuarnos», es decir, convertirnos plenamente en nosotros mismos y realizar lo que los hindúes llaman «el Sí-mismo», la totalidad del ser. El proceso de individuación permite desenmascarar la falsa imagen de nosotros mismos que deseamos dar a los demás (la persona), integrar nuestra parte masculina (animus para las mujeres) y nuestra parte femenina (anima para los hombres) y atravesar nuestra sombra —es decir, la parte oscura y reprimida de nosotros mismos— y reconciliar nuestras polaridades. Se trata, pues, de una experiencia interior, una alquimia del ser, que reviste un carácter eminentemente espiritual.

Jung no se conforma con describir ese proceso desde el interior: lo ha experimentado él mismo. «Mi vida es la historia de un inconsciente que ha completado su realización»,¹¹ escribe como preámbulo a su libro autobiográfico publicado justo después de su muerte. Y más adelante precisa: «Mis obras pueden considerarse como otras tantas estaciones de mi vida; son la expresión de mi desarrollo interior, porque el consagrarse a los contenidos del inconsciente forma al hombre y determina su evolución, su metamorfosis. Mi vida es mi acción; mi denodado trabajo dedicado a la mente¹² es mi vida; no podríamos separar a uno de la otra. Todos mis escritos son, por así decir, tareas que me

11. *Recuerdos, sueños, pensamientos, op. cit.*

12. En francés, *esprit*, palabra que, según el contexto, puede traducirse tanto por *mente* como por *espíritu*, y cuyo sentido no siempre resulta inequívoco ni fácil de ajustar, y menos en un pensamiento tan global como el de Jung. El autor, en comunicación personal, me explica: «Cuando Jung habla de *esprit*, se trata del *esprit* en el sentido spinozista del término (*mens* en latín o *noos* en griego), que remite más a la noción de —espiritual— (no necesariamente religioso) que de —mental—. Por un lado está la materia y por otro el *esprit*, y éste no es reductible a la materia (al cerebro). El hecho de poseer un *esprit* es lo que nos permite contemplar lo divino o conectarnos con ello. De modo que la palabra *mental* es demasiado limitativa, porque precisamente tenemos que poder abandonar el plano *mental* para conectarnos con lo divino». Hago esta aclaración para que el lector tenga presente este sentido amplio de «entendimiento» siempre que aparezcan la palabra *mente* o el adjetivo *mental* en la traducción, y no los reduzca a la mera capacidad intelectual del cerebro humano. (*N. de la T.*)

fueron impuestas desde el interior. Nacieron bajo la presión de un destino. Lo que escribí se me vino encima desde el interior de mí mismo. Le he prestado palabra al espíritu que me agitaba».¹³

Tras su ruptura con Freud, Jung atravesó un período de depresión que marcó el inicio de una confrontación extraordinariamente fecunda con su propio inconsciente, de la que brotaron todas sus grandes intuiciones y sus descubrimientos posteriores. Es el carácter «místico» de Jung, pero una mística «salvaje», como gustaba de calificarla el filósofo Michel Hulin, que no proviene tanto de las creencias religiosas conscientes del sujeto como de lo más recóndito de su ser.

Si bien Jung es un pensador al que podemos calificar de «espiritual» o de «espiritualista», ello no es debido a una filosofía idealista, a semejanza de la de Platón. Es más bien el fruto de la conjunción de una mente pragmática y empirista, que tan sólo se interesa por los hechos, y de una naturaleza mística que favorece experiencias interiores fuera de lo común. «La diferencia entre la mayoría de los hombres y yo reside en el hecho de que, en mí, los “tabiques” son transparentes. Ésa es mi particularidad. En otros, muchas veces son tan gruesos que ellos mismos no logran ver nada más allá y, por consiguiente, piensan que más allá no hay nada. [...] Ignoro lo que ha determinado mi facultad de percibir el caudal de la vida. Quizá fuera el propio inconsciente. Quizá fueran mis sueños precoces. Ya desde el inicio éstos determinaron mi caminar».¹⁴

Alentador de despertares y visionario, Jung nunca dejó de recordarnos que es en el interior de la psique humana donde se encuentran a la vez las soluciones de un porvenir mejor y los peores peligros para la humanidad y el planeta. En un momento en el que el mundo entero está focalizado en una epidemia vírica y está recurriendo a todo para erradicarla, me gustaría recordar estas declaraciones escritas por Jung en 1944: «Estoy convencido de que el estudio científico del alma es la ciencia del futuro. [...] En efecto, con claridad cada vez más cegadora, se muestra que no son ni la hambruna, ni los terremotos, ni los micro-

13. Íbid.

14. Íbid.

bios, ni el cáncer, sino que es sin lugar a duda el hombre quien constituye para el hombre el mayor de los peligros. La causa de esto es sencilla: todavía no existe ninguna protección eficaz contra las epidemias psíquicas, ¡pero esas epidemias son infinitamente más devastadoras que las peores catástrofes de la naturaleza! El supremo peligro que amenaza tanto al ser individual como a los pueblos considerados en su conjunto es el *peligro psíquico*». ¹⁵

15. *L'homme à la découverte de son âme*, Albin Michel, 1987, págs. 333-334.

Primera parte

UN EXPLORADOR DEL ALMA HUMANA

1

JUVENTUD

Jung y su «karma» familiar

«Mientras trabajaba en mi árbol genealógico —escribe Jung al final de su vida—, comprendí la extraña comunidad de destino que me vincula a mis ancestros. Tengo con mucha fuerza el sentimiento de estar bajo la influencia de cosas y de problemas que mis padres, mis abuelos y mis otros antepasados dejaron incompletos y sin respuestas. Con frecuencia parece haber en una familia un karma impersonal que se transmite de los padres a los hijos».¹ Estos problemas pueden ser de naturaleza colectiva o personal (como un secreto ligado a la sexualidad o a la identidad). Jung no es locuaz en lo relativo a esta cuestión, y el único secreto de familia que trae a colación es la posibilidad de que su bisabuelo, que llevaba el mismo nombre que él (Carl Gustav Jung)—, fuera hijo natural de Goethe. Esta leyenda familiar lo fascinaba, porque siempre sintió una gran admiración por el *Fausto* del gran poeta alemán. Pero no cabe duda alguna, como vamos a ver, de que las grandes preguntas colectivas a las que se confrontaron sus antepasados durante varias generaciones ejercerán una profunda influencia en Carl Gustav Jung.

Por la línea paterna, su familia era originaria de Maguncia (Alemania). Su antepasado más antiguo conocido, Carl Jung, vivió en la segunda mitad del siglo XVII. Era doctor en derecho y en medicina, y quizá

1. *Recuerdos, sueños, pensamientos, op. cit.*

adepto al movimiento esotérico de la Rosacruz, que a la sazón acababa de florecer en aquella zona. Su nieto (Franz Ignaz Jung) fue asimismo médico y consejero médico en la corte de Mannheim. Uno de sus hijos, Carl Gustav (el abuelo de Jung), se hizo médico también. Sospechoso de ser un agitador político, fue encarcelado durante trece meses y tuvo que emigrar a París, y después a Suiza, donde dio clases como profesor de medicina en la Universidad de Basilea. Especialista en anatomía, se interesó por la trágica situación de los niños «débiles» y creó el Instituto de la Esperanza para que éstos fueran recogidos y convenientemente atendidos, lo cual le llevó a inclinarse hacia la psiquiatría. En paralelo a su carrera médica, se interesaba por el pensamiento esotérico y se hizo francmasón. Adquirió gran reputación local y fue nombrado rector de la Universidad de Basilea y Gran Maestro de la logia de Suiza. Enviudó dos veces, tuvo trece hijos, y de su tercer matrimonio con Sophie Frey (la hija del burgomaestre) nació el padre de Jung: Paul. Éste, más preocupado por la religión que por la medicina, se hizo teólogo y pastor de almas en Kesswil, donde nació Carl Gustav Jung. Obtuvo asimismo un doctorado en filosofía y se apasionó por la lengua hebrea. Acabó en el cargo de capellán del hospital psiquiátrico de Friedmatt, en el distrito llamado Kleinhüningen, cerca de Basilea, de donde era originaria su mujer, Emilia. Ésta era hija de un erudito pastor protestante, Samuel Preiswerk, asimismo gran especialista en el Antiguo Testamento y en la lengua hebrea, que impartió clases en Ginebra. Fue un ferviente militante sionista, cercano al periodista y escritor austrohúngaro Theodor Herzl. Samuel creía también en la presencia de los espíritus de los difuntos y le pedía a su hija (la madre de Jung) que se sentara detrás de él mientras escribía sus sermones, con el fin de que los espíritus no lo molestaran. Conversaba todas las semanas con el difunto espíritu de su primera mujer, con gran desaprobación de su segunda, Augusta, la madre de Emilia. Augusta, por su parte, tenía facultades adivinatorias que se le habían despertado a la edad de veinte años, tras haber permanecido treinta y seis horas como muerta, en coma cataléptico. Echaba las cartas y asimismo se comunicaba con las almas de los difuntos. Le transmitió ese don a su hija Emilia, que durante toda su vida fue consignando en un diario sus diálogos con los muertos y sus sueños premonitorios. El otro hijo de

Samuel y de Augusta (Rudolph) tuvo quince hijos, de los que dos niñas (Luisa y Helena) fueron también médiums junto a las cuales Jung, adolescente, se iniciará en el espiritismo. Su abuelo materno (Samuel) tuvo en total trece hijos, seis de los cuales se hicieron pastores de almas. ¡Jung tendrá, pues, ocho tíos pastores: seis por el lado de su madre y dos por el lado de su padre!

A la vista de semejante ascendencia, se comprende por qué la medicina, la religión y los fenómenos paranormales son los pilares del «karma» familiar de Jung y los tres grandes campos a los que él se iba a dedicar durante toda su existencia, intentando llegar lo más lejos que pudiera en la comprensión y la conciencización de ambos.

Una infancia solitaria, junto a la naturaleza

Nacido en 1875 y criado en el campo, en una pequeña casa rectoral del siglo XVIII, Carl Gustav será hijo único hasta el nacimiento de su hermana Gertrudis en 1884. Se describe a sí mismo como un niño muy solitario, que prefiere la compañía de las piedras, de los árboles y de los animales a la de los humanos. Un testimonio confirma este hecho. Albert Oeri fue uno de sus pocos amigos de infancia y lo acompañó en los pupitres de la escuela y de la universidad. Refiere este antiquísimo recuerdo: «Éramos aún muy pequeños. Mis padres fueron a visitar a los suyos. Nuestros padres eran antiguos compañeros del colegio y querían que sus hijos se divirtieran juntos. Pero no hubo manera. Carl, sentado en medio de la habitación, estaba jugando con unos bolos y no me prestaba la menor atención. ¿Cómo es posible que casi cincuenta y cinco años más tarde yo todavía recuerde esto? ¡Probablemente porque antes nunca había conocido a un monstruo asocial como aquel!».² En el crepúsculo de su existencia, Jung recuerda, en efecto, que evitaba la compañía de los demás niños, porque tenía el angustioso sentimiento de que «me alienaban de mí mismo» o «me constreñían a ser diferente de lo que yo creía ser».³ Por el contrario,

2. *Encuentros con Jung*. Editorial Trotta, Madrid, 2000.

3. *Recuerdos, sueños, pensamientos*, *op. cit.*

Carl Gustav se siente plenamente él mismo y sereno cuando se pasea por el jardín, por los campos o por los bosques: «La naturaleza me parecía llena de maravillas en las que yo me quería zambullir. Cada piedra, cada planta, todo parecía animado e indescriptible». ⁴ La belleza y la armonía del mundo lo sosiegan. Habla con los elementos. Durante años, su juego favorito consiste en mantener vivo un fuego en la anfractuosidad de una vieja tapia. A nadie más que él se le permite alimentar ese fuego ni contemplarlo. Asimismo, le toma apego a una gran piedra, medio sepultada en la hierba, y a veces pasa largos ratos sentado encima, intentando comunicarse con ella y preguntándose: «¿Soy yo el que está sentado en la piedra o soy la piedra en la que está sentado él?». ⁵ Cuando vaya a la escuela, y más tarde al centro de secundaria, en Basilea, Carl Gustav será menos solitario y socializará fácilmente con los demás niños y adolescentes. Incluso se convertirá en una especie de cabecilla de grupo, que sabrá cautivar la atención de sus compañeros con sus razonamientos filosóficos precoces y sus dotes de elocución.

Los dos polos de su personalidad

Carl Gustav conserva un recuerdo ambivalente de su madre, como dotada de dos caras, una diurna, tranquilizadora, y la otra nocturna, inquietante. Por un lado afirma: «Mi madre fue para mí una madre buenísima. Emanaba de ella un calor animal muy grande, un ambiente deliciosamente confortable; era muy corpulenta. Sabía escuchar a todo el mundo: le gustaba charlar y era como un gorjeo gozoso. Tenía talentos literarios muy acusados, gusto y profundidad». ⁶ Pero a renglón seguido precisa: —A veces, cuando era niño, tuve sueños de angustia con ella. Por el día, era una madre amantísima, pero por la noche se me antojaba temible. Me parecía ser como una vidente, y al mismo

4. Íbid.

5. Íbid.

6. Íbid.

tiempo un extraño animal».⁷ Sus padres se entendían mal y dormían en habitaciones separadas; Carl Gustav adquirirá la costumbre de dormir en la habitación de su padre, quien, por la noche, le da más tranquilidad. Éste le enseñará a leer y a escribir el alemán, así como el latín. Jung describirá a su padre como un hombre afectuoso y solícito, pero también irritable y a veces iracundo.

Así, desde muy pronto percibió Jung cierta dualidad en sus padres: pastor de almas conformista y legalista, su padre es al mismo tiempo un hombre inquieto presa de la duda; cálida y amorosa de día, su madre se le muestra por las noches oscura e inquietante. Una vez adolescente, Jung localizará también dentro de sí mismo cierta dicotomía entre lo que él llamará su «personalidad número I» –social, bien anclada, racional, deseosa de respetabilidad y de eficacia– y su «personalidad número II»: totalmente libre de la mirada ajena, contemplativa, en simbiosis con la naturaleza, pero frágil y atormentada por sueños y visiones interiores. Mucho más tarde comprenderá que, desde muy joven, había percibido la distinción entre su yo ordinario y su inconsciente activado, que precisamente por estarlo se había hecho perceptible.

Cuando tiene doce años, un episodio marca un punto de inflexión en su vida. Un compañero le da un empujón y cae de cabeza. Sufre un ligero síncope, que simula durante más tiempo para castigar al mencionado compañero. Más tarde se da cuenta de que a sus padres les preocupa intensamente su salud y entonces se le ocurre la idea de simular síncope con regularidad para evitar ir al colegio, en donde se aburre profundamente. Tras más de seis meses de este teatrillo, que le permite dejar que su personalidad número 2 se exprese plenamente y se abandone a la ensoñación despierta en la naturaleza, sorprende una conversación en la que su padre le participa a un amigo su angustia respecto a la salud de su hijo y le confía que quizá tenga que tenerlo a su cargo toda la vida. Esto es un hondo golpe moral para el joven Carl Gustav, quien en ese momento decide cortar toda simulación y dedicarse por completo a sus estudios, levantándose todas las mañanas en cuanto dan las cinco para trabajar.

7. Íbid.

Rechazo de la religión

Ya desde la infancia, Jung está incómodo con la omnipresencia de la religión en su medio familiar. Lo aterran esas retahílas infantiles que mencionan al «niño Jesús que le protege del malvado diablo». Lo irritan las discusiones teológicas entre su padre y sus tíos (los «hombres de negro»), que tienen el sentimiento de estar en posesión de la verdad. Se aburre profundamente en los oficios religiosos y detesta acudir al templo (si no es por Navidad). La experiencia de su primera comunión consagra su ruptura definitiva con la religión de su linaje paterno: «De ello no resultaba sino vacío; más aún, era una pérdida. Yo sabía que nunca más podría participar en esa ceremonia. Para mí, no era una religión, era una ausencia de Dios. La iglesia era un lugar al que no iba a volver más. Allí, para mí, no había vida alguna. Lo que había era muerte».⁸

No obstante, esa aversión por la religión no significa en él una pérdida de la fe o un rechazo de Dios. Al contrario, siente que el mundo y la vida están llenos de un rico misterio. La idea de un Dios inefable, que le da sentido al cosmos, lo inspira mucho más que todas las figuras religiosas y los dogmas cristianos. Siente vibrar lo divino a través de los elementos de la naturaleza y llega a veces a rezar a ese Dios misterioso al que podemos conocer y experimentar a través de la gracia. Hacia el final de la adolescencia, tiene frecuentes disputas con su padre: «¡Vamos, hombre!, solía decir, tú lo único que tienes en la cabeza es pensar. No hay que pensar, hay que creer». Y yo pensaba: «No: hay que experimentar y saber. [...] Hasta unos años más tarde no comprendí que mi pobre padre se prohibía a sí mismo pensar porque era presa de hondas y desgarradoras dudas. Huía de sí mismo, por eso insistía en la fe ciega que necesitaba alcanzar él mediante un esfuerzo desesperado y una contracción de todo su ser».⁹

El descubrimiento de la filosofía, hacia la edad de diecisiete años, le ayudará a liberarse definitivamente del carácter mórbido de la religión. Lo deslumbra el pensamiento de Schopenhauer, y luego más aún el de Kant. Esta evolución filosófica «tuvo como consecuencia dar un vuel-

8. Íbid.

9. Íbid.

co total a mi actitud hacia el mundo y la vida: si antaño yo era tímido, ansioso, desconfiado, macilento, flaco y de salud en apariencia tambaleante, ahora sentía un poderoso apetito desde todos los puntos de vista. Sabía lo que quería y me apoderaba de ello». ¹⁰ Su amigo Albert Oeri es testigo de esta metamorfosis: «Carl –apodado –el Tonel– por sus antiguos compañeros de colegio y de botella– era un alegre miembro del club de estudiantes de la Zofingia ¹¹ y siempre estaba preparando una revolución contra –la liga de la virtud». ¹²

Nacimiento de una vocación médica

Al final de sus años de secundaria, Carl Gustav tiene que tomar una decisión respecto a su futuro profesional. En ese momento tiene tres pasiones: las ciencias naturales, la historia de las religiones antiguas y la filosofía. Acaba de descubrir con pasión a Voltaire y a Nietzsche, que le confirman en su emancipación del cristianismo. *Así habló Zaratustra* produce en él un impacto tan hondo como el Fausto de Goethe. ¡Años más tarde, escribirá sobre él un comentario psicológico en doce volúmenes! ¹³ Pero vacila en encaminarse hacia estudios puramente intelectuales, porque gusta del contacto con la materia, con los hechos. Le atrae asimismo la historia comparada de las religiones y se apasiona por las civilizaciones antiguas, en especial la egipcia y la babilonia. Acaricia, así, la idea de ser arqueólogo. Pero tiene también un vivo interés por las ciencias naturales: la zoología, la paleontología y la geología. Incapaz de tomar una decisión, de pronto le viene a la mente que podría ser médico, como su abuelo paterno.

Único obstáculo: los estudios de medicina son largos y onerosos, y su familia no los puede costear. Obstáculo finalmente superado: su padre solicita y obtiene una beca para su hijo en la Universidad de Basilea.

10. Íbid.

11. Asociación de estudiantes, fundada en Zofingen en 1891, con tendencia política encaminada hacia la creación de un estado federal suizo. (*N. de la T.*)

12. *Encuentros con Jung, op. cit.*

13. Trabajos aún inéditos.

Las diversas asignaturas estudiadas en la facultad de ciencias interesan sobremanera a Jung, con excepción de la fisiología, debido a los repetidos experimentos de vivisección realizados para el único fin de la demostración. «De sobra veía yo que había que experimentar con los animales, pero no por ello dejaba de parecerme bárbara, horrible y sobre todo superflua la repetición de esos experimentos, con vistas a la demostración».¹⁴ Esa sensibilidad para con lo vivo le es inherente y, por otro lado, rebasa la linde del sufrimiento inútil infligido a los animales. Ya de niño no soportaba que se cortaran flores: «Por una razón que me era desconocida, desaprobaba que las arrancaran y las secaran. Eran seres vivos que tan sólo tenían sentido si crecían y florecían. Había que mirarlas con respeto y experimentar para con ellas un asombro filosófico».¹⁵

Unos años después de que Carl Gustav iniciara sus estudios de medicina, su padre se sume en una profunda depresión y debe guardar cama. Aquejado de una enfermedad incurable, muere al cabo de unos meses en presencia de su hijo, que asiste por primera vez al fallecimiento de un ser humano. Carl Gustav tiene veintiún años. Siente un profundo pesar, agravado por el sentimiento de que a su padre se le pasó de largo su propia vida. Comprende entonces la importancia para cada ser humano de realizarse en función de su naturaleza única, singular, más allá de la influencia del medio familiar, de la cultura y del espíritu del tiempo: «Aunque nosotros los hombres tengamos nuestra vida personal, no por ello dejamos de ser en gran medida, por otra parte, representantes, víctimas y promotores de un espíritu colectivo, cuya existencia se cuenta en siglos –escribe sesenta años más tarde en su autobiografía–. Podremos, durante una vida entera, pensar que estamos siguiendo nuestras propias ideas sin descubrir jamás que no hemos sido otra cosa que figurantes en el escenario del teatro universal. Porque hay hechos que ignoramos y que, no obstante, influyen en nuestra vida, y ello tanto más cuanto que son inconscientes».¹⁶

14. *Recuerdos, sueños, pensamientos, op. cit.*

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*

Una tesis doctoral... sobre el espiritismo

Como ya he mencionado, Jung estaba rodeado de personas que tenían facultades mediúmnicas: sus abuelos maternos, su madre, su hermana y dos primas suyas. Por eso mismo, la idea de los aparecidos y del diálogo con espíritus desencarnados le era tan familiar que quedó impactado cuando descubrió que sus compañeros estudiantes de medicina no creían ni por un instante en la realidad de esos fenómenos:

Me asombraba la seguridad con la que podían afirmar que era imposible que hubiera aparecidos y que se hicieran girar las mesas y que, por consiguiente, eso eran supercherías. [...] ¿Cómo sabíamos nosotros de manera general que algo es –imposible–? [...] Después de todo, en la idea de que quizá ciertos acontecimientos escapaban de las limitaciones del tiempo, del espacio y de la causalidad, no había nada que pudiera hacer tambalearse el mundo, nada que fuera inaudito. ¿Acaso no había animales que barruntaban la tormenta y los terremotos? ¿Sueños premonitorios de la muerte de personas determinadas? ¿Relojes que se paraban en el instante de la muerte? ¿Cristales que se rompían en los momentos críticos? Cosas todas ellas que parecían naturales en el mundo que yo había conocido hasta entonces. Y he aquí que ahora era yo, al parecer, el único que había oído hablar de esto. ¡Muy en serio, me preguntaba en qué mundo había venido a caer!¹⁷

Lejos de dejarse descabalar por el acerbo escepticismo de los demás estudiantes, Jung se dedica todos los sábados a realizar experimentos con mesas giratorias, en especial en compañía de su prima Helena (llamada Helly), que parece ser una médium notable. También se zambulle en una abundante literatura filosófica y médica sobre los fenómenos paranormales. Encuentra, incluso, escritos sobre este tema en sus dos filósofos favoritos: *Sueños de un visionario* (1766), en el que Kant estudia las experiencias proféticas del pensador y vidente sueco Emanuel Swedenborg, y el *Ensayo sobre las visiones de fantasmas* (1851) de Schopenhauer.

17. Íbid.

Decide entonces orientar sus estudios de medicina hacia la psiquiatría, porque se interesa cada vez más por el psiquismo humano y por la psicología, que le parecía ser «el lugar en el que se hacía realidad el encuentro de la naturaleza y de la mente».¹⁸ Con la lectura de los trabajos de psicólogos conocidos en aquel entonces, como su compatriota Théodore Flournoy, el estadounidense William James o el francés Pierre Janet, que se interesan de cerca por los experimentos espiritistas y por la escritura automática, se le ocurre la idea de emprender una tesis doctoral sobre el fenómeno de la mediumnidad. A la edad de veintisiete años, en 1902, defiende, pues, una tesis titulada *Acerca de la psicología y de la patología de los llamados fenómenos ocultos*. De conformidad con los numerosos estudios médicos de la época dedicados a los fenómenos espiritistas, Jung considera, sin pronunciarse sobre el carácter real o ilusorio del diálogo con los muertos, que los médiums, como su prima Helly, a la que ha observado cuidadosamente, tienen una personalidad histérica.

18. Íbid.

2

UN MÉDICO HUMANISTA

Crítica de los métodos psiquiátricos

En diciembre de 1900, con veinticinco años, Jung abandona Basilea por Zúrich, en donde se convierte en segundo asistente en la clínica psiquiátrica del Burghölzi.¹ Ésta la dirige desde hace dos años el gran psiquiatra Eugen Bleuler, quien acuñó, entre otros, los términos «autismo» y «esquizofrenia». Al igual que Freud, Bleuler había ido a París para asistir a las clases de Charcot. Éste rechazaba las teorías médicas dominantes de finales del siglo XIX, según las cuales las enfermedades mentales tenían, todas ellas, una causa física: desarreglos hormonales, etc. Charcot experimentó con sus enfermos la hipnosis como estado modificado de conciencia, con el fin de que éstos pudieran revivir situaciones traumáticas antiguas y hablar así de su dolencia, más allá de la barrera de su yo consciente. Tuvo gran influencia sobre todos los grandes exploradores y teóricos del inconsciente, empezando por Freud, Bleuler y Jung, quien abandona su puesto en la clínica del Burghölzi y decide irse a pasar dieciocho meses en París para asistir en el Collège de France a las clases del sucesor de Charcot: Pierre Janet. Así es como profundiza sus conocimientos sobre las emociones y la histeria.

De regreso en Zúrich, defiende su tesis y prosigue su actividad de joven médico psiquiatra junto a Bleuler. El trabajo en la clínica del Burghölzi es extenuante. Los médicos se alojan allí mismo y se levantan

1. El Burghölzi es una colina boscosa en la que se encuentra la clínica y de la que toma su nombre. (*N. de la T.*)

tan con el día para visitar a los enfermos antes de la reunión del personal de las 8:30. Después dedican su jornada a tratamientos, exámenes y pruebas, hasta la cena y el encuentro de última hora de la tarde con Bleuler, para recapitular sobre la evolución de los enfermos y los avances médicos. Para profundizar en sus conocimientos teóricos, Jung se impone la lectura de los cincuenta tomos de la *Revista general de psiquiatría*. Pero lo que descubre lo decepciona profundamente:

La enseñanza psiquiátrica buscaba, por así decir, hacer abstracción de la personalidad enferma, y se conformaba con hacer diagnósticos que incluían la descripción de los síntomas y los datos estadísticos [...]. La psicología del enfermo mental no desempeñaba absolutamente ningún papel.²

Pero Jung está convencido de que de nada sirve tratar el síntoma sin un conocimiento de la historia del paciente, con el fin de comprender la causa profunda de su enfermedad y de poder aportarle una sanación auténtica. «En numerosos casos psiquiátricos –escribe–, el enfermo tiene una historia que no se cuenta y que, por lo general, nadie conoce. Para mí, la verdadera terapia sólo empieza una vez examinada la historia personal. Ésta representa el secreto del enfermo, un secreto que lo ha quebrado. Al mismo tiempo, esta historia contiene dentro de sí la clave del tratamiento. Así pues, es indispensable que el médico sepa descubrirla.»³

El terapeuta, pues, tiene para consigo mismo el deber de considerar al individuo completo, y no solamente la enfermedad visible, ya que, según Jung, el daño psíquico no consiste en fenómenos localizados, que no son otra cosa que la expresión de un disfuncionamiento de la personalidad entera. «Así pues –escribe–, nunca cabría albergar esperanza de verdadera curación en un tratamiento dirigido solamente hacia los síntomas; ésta tan sólo puede esperarse del tratamiento de la personalidad total».⁴ Lo que afirma aquí respecto de la enfermedad psíquica me parece ser igualmente cierto para enfermedades físicas

2. *Recuerdos, sueños, pensamientos, op. cit.*

3. *Íbid.*

4. *L'homme à la découverte de son âme*, Albin Michel, 1987, pág. 66.

crónicas, que con mucha frecuencia tienen un origen psicosomático: el prescribir durante años somníferos o pomadas a base de cortisona a una persona angustiada que tiene trastornos del sueño o enfermedades de la piel, sin intentar comprender ni tratar la causa de su angustia, le aportará, ciertamente, un alivio puntual, pero ninguna curación verdadera. No obstante, así es como funciona aún las más de las veces la medicina occidental: nos aplicamos en tratar más los síntomas que la personalidad global del enfermo. Para remediar este problema, convendría proporcionar una verdadera formación en psicología a los estudiantes de medicina o incitar a los médicos generalistas a trabajar de manera estrecha con los psicólogos.

Descubrimiento de los complejos

Al igual que Freud, a quien Jung todavía no conoce, Bleuler comparte estas miras, pero no se siente en condiciones de imponerlas. No obstante, instaura métodos nuevos que apuntan a descubrir, más allá de los síntomas, el origen profundo de las enfermedades mentales que aquejan a sus pacientes. Así, pide a Jung que experimente con los enfermos el método de las asociaciones de palabras, que se acaba de inventar. Se trata de pedirle al paciente que asocie, sin pensar, otra palabra a una palabra que le da el médico. Estas asociaciones, así como el tiempo que tarda el paciente en contestar, pueden proporcionar indicaciones sobre el trauma. A partir de estos experimentos, Jung elabora su famosa teoría de los «complejos afectivos». Observa, en efecto, que una larga vacilación del enfermo es reveladora de un conflicto psíquico inconsciente, que paraliza su actividad consciente. Define, entonces, los complejos como «psiques fragmentadas escindidas» o «fragmentos psíquicos» cuya disociación es imputable a influencias traumáticas o a conflictos internos. Perturban la actividad consciente y se comportan como seres independientes. Se manifiestan mediante trastornos de la memoria, obsesiones o fijaciones y actos inconscientes: «Te ponen en los labios precisamente la palabra que no había que decir; te hurtan el nombre de la persona a la que vas a presentar; causan una necesidad irreprimible de carraspear en medio del pianissimo

más conmovedor del concierto, llevan a tropezar con su silla, con estrépito, al tardón que quiere pasar desapercibido».⁵ Jung observa que numerosos complejos van ligados no solamente a los impactos emocionales, sino también al conflicto moral fundado en «la imposibilidad de dar aprobación a la totalidad de la naturaleza humana. Esta imposibilidad conlleva, por su propia existencia, una escisión inmediata, sea ello con ignorancia de la conciencia o no. Incluso suele ser requisito indispensable una insigne inconsciencia de los complejos, cosa que, por supuesto, les confiere una libertad de acción mucho más grande: aparece entonces en toda su amplitud la fuerza de asimilación de éstos, dado que la inconsciencia del complejo ayuda a éste a apropiarse del yo, lo cual crea una modificación momentánea de la personalidad, llamada identificación con el complejo».⁶

Jung explica que los fenómenos a los que llamamos de «posesión diabólica» provocan síntomas similares a los de los complejos más graves, percibidos por los alienados como entidades cuya voz oyen o que los persiguen. Así pues, según él, no hay diferencia de principio entre los lapsus del neurótico contemporáneo víctima de un complejo y las blasfemias proferidas por el poseído de la Edad Media: hay simplemente una diferencia de grado. Así es cómo aplica su teoría de los complejos a los casos de demencia precoz (que más tarde se denominará «esquizofrenia»), demostrando que las ideas delirantes son inteligibles (lo cual interesará sobremanera a Freud).

Emma Rauschenbach

Fabien Sullivan Grandfils decía que «detrás de cada gran hombre hay oculta una mujer». Jung no supone una excepción a la regla. El 14 de febrero de 1903 contrae matrimonio con Emma Rauschenbach, hija de un rico industrial suizo, de la que se había enamorado seis años antes, ya en su primer encuentro:

5. Íbid.

6. Íbid.

Al entrar en la casa vi a una chiquilla de pie en el umbral; tenía unos catorce años y llevaba trenzas. En ese momento supe: ésa es mi mujer. Quedé profundamente conmocionado: no la había visto más que un breve instante, pero tuve inmediatamente la certeza absoluta de que había de convertirse en mi mujer.⁷

Emma es una hermosa joven dotada de una rica personalidad y de un temperamento más bien reservado. Criada en un medio burgués, en el que era inconcebible que una mujer trabajara, se consagra en gran parte a la educación de sus cinco hijos (un niño y cuatro niñas), pero no únicamente. Asiste a su marido y le aconsejará hasta su fallecimiento en 1955 (Jung la sobrevivirá seis años). Será muy activa en el seno del Club psicológico de Zúrich y desempeñará un importante papel en las relaciones que Jung mantendrá con Freud, a quien frecuenta regularmente con su marido. Estimulada por las actividades intelectuales de su esposo, aprende latín, griego, química y álgebra. Se dedica también a investigaciones personales sobre el mito del Grial, que serán completadas y publicadas tras su muerte por la principal colaboradora de Jung, Marie-Louise von Franz. Los Jung compartían el gusto por la poesía, las artes plásticas y la música clásica (en especial de Juan Sebastián Bach, al que Jung veneraba a la misma altura que a Shakespeare): sentían el arte de ambos como una expresión directa del inconsciente, sin ninguna parasitación del ego. Poco tardará la pareja en atravesar dificultades –volveré sobre esto–, pero se mantendrá muy sólidamente unida hasta el final y no hay duda de que Jung no habría podido realizarse personalmente ni llevar a cabo semejante tarea sin el amor, la presencia y el apoyo incondicional de Emma.

Un médico humanista

Paralelamente a su actividad como psiquiatra en la clínica del Burghölzli, de la que llega a ser médico jefe, Jung recibe el encargo de impartir unas clases de psiquiatría en la facultad de medicina de la Universidad

7. *Recuerdos, sueños, pensamientos, op. cit.*

de Zúrich y crea un laboratorio de psicopatología experimental. Más allá del carácter innovador de las investigaciones que lleva a cabo sobre las enfermedades mentales, los testigos quedan impresionados por la humanidad y la compasión de las que hace gala para con los pacientes. Marie-Louise von Franz afirma que «toda su vida tuvo Jung la bondad generosa de los fuertes» y refiere la anécdota siguiente. Una mujer muy perturbada y desagradable hizo irrupción repentinamente en su casa de campo y le echó encima de manera abrumadora el relato de sus problemas sin que Jung la interrumpiera. Una vez se hubo marchado, sus deudos le preguntaron por qué no la había despedido de inmediato. Él respondió: «A muchos, la vida les da giros tan crueles que no se los puede condenar por estar tan perturbados»⁸ Esa humanidad y esa paciencia que tiene con los enfermos contrastan con la brutalidad que puede tener Jung para con los poderosos, o la frialdad y la ironía que a veces expresa hacia sus allegados. Muchas veces repitió que cada encuentro cara a cara con un enfermo era un encuentro único que merecía toda su atención y su compasión. Para él, la curación del paciente depende mucho de la manera en la que éste se sienta respetado, e incluso querido, por el terapeuta. Por lo mismo, Jung siempre hizo suya esta máxima de Paracelso, famoso médico del Renacimiento: «El ejercicio de esta arte [de la medicina] tiene su lugar en el corazón; si tu corazón es falso, el médico que hay en ti también es falso».⁹ Desde sus inicios como psiquiatra en la clínica del Burghölzli hasta el final de su vida, en el que ya solamente recibía clientela privada, Jung siempre tuvo fama de ser un buen terapeuta. Sanó a numerosos enfermos a los que se consideraba incurables y venía gente del mundo entero para tratarse con él. Él mismo constató que, de los miles de pacientes que tuvo en tratamiento, había podido obtener para un tercio una sanación definitiva, para otro tercio una notable mejoría y para el último tercio poca o ninguna mejoría. Es muy probable que, más allá de sus cualidades médicas, estos resultados se deban a la calidad de la relación humana que establecía con cada uno de sus enfermos. Además de la compasión que sentía por ellos,

8. Marie-Louise von Franz, *C. G. Jung, su mito en nuestro tiempo*. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1982.

9. *Synchronicité et Paracelsica*, Albin Michel, 1988, pág. 38.

Jung sabía adaptar sus métodos a cada uno. Insistía en la necesidad de no seguir un protocolo rutinario, de desconfiar de las hipótesis teóricas, de adaptar el lenguaje y el acercamiento a cada individuo.

El hecho decisivo es que, en tanto que ser humano, me encuentro enfrente de otro ser humano. El análisis es un diálogo que necesita dos *partenaires*. El analista y el enfermo se encuentran frente a frente, mirándose a los ojos. El médico tiene algo que decir, pero el enfermo también.¹⁰

Por eso insiste también, en la línea de Freud, sobre el hecho de que el analista no debe conformarse con comprender al analizado, sino que debe comprenderse a sí mismo.

El aspecto más importante de la formación del terapeuta es su propio análisis (lo que se llama el «análisis didáctico»). El médico solamente podrá ayudar al paciente a descubrir la suya porque conoce su propia psique –más tarde hará la misma observación respecto de los educadores–. Solamente por ser capaz de dialogar de manera fecunda con su propio inconsciente ayudará a los demás a hacer otro tanto. Así, denuncia a los terapeutas que actúan con una máscara (una *persona*) que les sirve de coraza. Critica también con vehemencia a los psiquiatras que se refugian demasiado en el intelecto por anhelo de control:

El desplazamiento hacia lo conceptual le quita a la experiencia su sustancia para atribuírsela a un simple nombre que, a partir de ese instante, pasa a ocupar el lugar de la realidad. Una noción no compromete a nadie, y es precisamente ese beneplácito lo que se busca, porque promete proteger contra la experiencia. Ahora bien, la mente no vive de conceptos, sino de los hechos y las realidades.¹¹

Subraya también a propósito de esto que los pacientes más difíciles de tratar que tuvo, los que más resistencia opusieron, fueron esos intelectuales que cultivan una «psicología de compartimentos».

10. *Recuerdos, sueños, pensamientos, op. cit.*

11. *Ibid.*

Si bien el terapeuta debe implicarse como persona en la terapia, Jung nos pone en guardia, no obstante, contra una forma de implicación personal que pudiera conducir al médico a transmitirle al paciente sus propios valores y convicciones. «Yo nunca intento convertir a un enfermo a nada, sea ello lo que fuere —escribe—, y no ejerzo sobre él presión alguna. Lo que me importa antes que nada es que el enfermo logre su propia concepción. Un pagano en mi consulta se convierte en un pagano, un cristiano en un cristiano y un judío en un judío, si es ésa la voluntad de su destino».¹²

Jung reconoce también el impacto que han tenido sobre él sus numerosos pacientes. No solamente ha aprendido mucho, gracias a ellos, sobre la psicología humana y las enfermedades del alma, sino que también se ha enriquecido a título personal mediante buen número de esos cambios de impresiones:

El encuentro con seres humanos de los géneros y niveles psicológicos más diferentes tuvo para mí una gran e incomparable importancia, más grande que una conversación deshilvanada con una personalidad famosa. Las conversaciones más hermosas y preñadas de consecuencias que he tenido en mi vida son anónimas.¹³

12. Íbid.

13. Íbid.